

UNA NAVIDAD QUE SEA PARA TODOS

— POR JUAN GUILLAMET —

NOS parece todavía que era ayer cuando el Ampurdán ardía en la sofocación estival de las fiestas mayores de la Asunción de la Santísima Virgen, festividad en la que coinciden tantos pueblos de nuestra comarca, y, sin notar lo nosotros apenas, el ciclo litúrgico ha dado un giro, el morado del Adviento ha sustituido al verde de Pentecostés y, como aquél que no quiere la cosa, nos hallamos ya a cuatro pasos de Navidad. Cuando anualmente empezamos a rondar estas fechas nos invade ya esto que pudiéramos llamar «psicosis de Navidad» y que se traduce en multitud de manifestaciones, gracias a este estado de ánimo que provoca la proximidad cada vez más inminente de las fiestas navideñas.

Hay que distinguir, sin embargo, el período pre-navideño, en el cual se incuba toda la intimidad que debe caracterizar estas fiestas y el período navideño propiamente dicho. El primero, como es natural, es un período de preparación. En su curso se realiza una intensa labor en muchos aspectos. Las familias empiezan a emitir mensajes dando cita a sus miembros ausentes para la Nochebuena en el hogar paterno. La cosa hay que hacerla con la debida antelación para que cada cual pueda exponer sus más y sus menos en lo que se refiere a los detalles, puesto que lo esencial ya es de cajón. Luego viene la parte material del asunto que no deja de tener su poesía. Los payeses tienen en ello una parte muy activa. En sus corrales va cebándose la pollería que en el día de Navidad debe hacer su presentación «de cuerpo presente» sobre las mesas de los hogares. Y luego quedan ya los colmados, tiendas, confiterías, con sus escaparates iluminados y atractivos brindando turrones, «tortells» y botellería variada a sus clientelas. Todo cobra una inusitada actividad, la «campana de Navidad», como la llaman las casas comerciales, está en marcha. Viajantes por aquí, envíos por allá, correspondencia, conferencias telefónicas, telegramas, viajes, todo funciona con dinamismo y hasta puede que con cierto apresuramiento, puesto que se sabe, por experiencia de otros años, que, después de Reyes, se inicia la temida «cuesta de Enero» y hay que sacar partido de la situación cuando es tiempo. Mucha gente

espera también, con relativa ilusión, el día en que se sortea la Lotería de Navidad. Mientras va llegando, la gente se va moviendo, que si un décimo por aquí, que si una participación por allá, que si estos compromisos, conversaciones, comentarios, todo llena momentos, distrae ocios y ameniza la rutina cotidiana.

Pero llega indefectiblemente, todo llega en este mundo, la víspera de Navidad. Este día es el día de los últimos apresuramientos, del «sprint» final. Los comercios no cierran hasta tarde, con el fin de poder atender los últimos imprevistos. Aparecen caras poco frecuentes de deudos y amigos que han venido a asociarse con la familia en estas jornadas y la ciudad adquiere un movimiento animado y simpático. Pero a medida que va avanzando la noche, las calles se quedan solas y silenciosas, la gente, sin estridencias, acude recatada a la Misa del Gallo, enfundada en prendas de abrigo y con la nariz cosquilleante de frío. Nochebuena. Misa del Gallo. Yo creo que uno de los momentos más emocionantes del año es cuando, tras entonar el sacerdote el «Gloria» en la misa de Nochebuena, son lanzados al vuelo los carrilones y las campanas desparramando por doquier la alegría de la buena nueva. En el interior de cada cual se agolpan tal cantidad de íntimas sensaciones que la emoción en que se traducen salen incluso a flor de piel. La Misa del Gallo capta de lleno el simbolismo de la Navidad. Las horas en que transcurre serían aproximadamente las mismas en que se verificó el inicio de la Redención hará ahora 1954 años. En el interior del templo, mientras va desarrollándose el Santo Sacrificio, mientras los fieles van desfilando para adorar al Recién Nacido y para sumirle en comunión intensa, se mecen los villancicos y el alma popular se suma al ceremonial litúrgico para dar testimonio de júbilo universal ante el venturoso acontecimiento.

Cuando, terminada la misa, se retiran todas las familias a sus hogares, las calles quedan desiertas. El jolgorio callejero no va con la Navidad, aquí por lo menos.

La idea que se tiene aquí de la Navidad es de una fiesta estrictamente familiar. Es el día de la magna asamblea de cada familia. En casa de los abuelos se reúnen los hijos, las nueras, los nietos. Y la jarana



FIGUERAS - GERONA
AÑO I - DICIEMBRE 1954 - NÚM. 10

Redacción y Administración:
FIGUERAS - C/ GERONA, 7 - TELÉFONO 411

NUESTRAS BELLEZAS



Foto Moncanut

SEÑORITA
MARÍA ESTEBA
FIGUERAS (ALTO AMPURDÁN)

existe, pero dentro de cada casa. Por la calle sólo transitan los desconectados, los desgraciados y los gamberros.

Yo creo que una de las cosas peores que existen es la Nochebuena en soledad. En esta noche fría, pero noche santa, que parece invitar al género humano a agruparse ante el Divino Infante, quedan muchos que, por no poder vencer las distancias, se ven obligados a pasar la Navidad lejos de sus deudos más queridos. Otros que, por haberles dejado sin familia los avatares de la vida, sienten en esta noche con más intensidad que nunca la falta de calor familiar en que se desliza su existencia. Muchos seres podríamos hallar que, debido a muy diversas circunstancias no pueden gozar plenamente de la ventura que encierra este mensaje que nos llega cada año con la conmemoración del Nacimiento del Hijo de Dios hecho Hombre y, sin embargo, Cristo nació para todos.

Todo es cuestión de un poco de buena voluntad. Y, como quiera que esa paz de la Navidad es precisamente para los hombres de buena voluntad, hay que esforzarse en serlo. Lo demás ya viene rodado y aquella «psicosis navideña» de que hablábamos antes se encarga de arreglarlo todo. Si existe buena voluntad, la Navidad será para todos.

«**CANIGÓ**» desea a sus apreciados suscriptores, lectores, anunciantes, amigos y simpatizantes, unas felices PASCUAS DE NAVIDAD y un próspero y venturoso AÑO NUEVO.